

Salvador Rueda Smithers

Rodolfo Fernández

*Mucha tierra y pocos dueños: estancias, haciendas y latifundios avaleños*

México, INAH (Regiones de México), 1999

Llanuras, mesetas, ríos, pequeñas lagunas salobres, tierras abiertas a pie de monte y amplias riberas lacustres marcan las fronteras de una región de naturaleza tan rica como variada. Alguna vez, a principios del siglo XVI, fueron los confines del mar Chapálico, habitado por indios no siempre pacíficos; después, y por años, competitiva frontera de la Nueva Galicia. Desde siempre atrajo por su benignidad. Pero lo que asombra es la unidad de su historia. El plano de la cuenca de Sayula delinea claramente la media luna occidental del lago de Chapala. Uno tras otro, media docena de poblados, viejas fundaciones coloniales, señalan antiguos lazos y costumbres americanizadas, rumbos de un proceso histórico uniforme, en el que la geografía condicionó comportamientos y modos, y que adquirió carta de identidad sobre todo por las relaciones que establecieron sus pobladores. Es ciertamente un perfil regional. A lo largo del tiempo ha sido la particularidad de su gente la que ha hecho la diferencia con respecto a sus vecinos, asentados en un mundo físicamente similar. Este libro trata las maneras de ser de los habitantes de la región conocida como provincia de Ávalos, abreviatura del mundo, entre los siglos XVI y XVIII.

Producto de una investigación para tesis de doctorado, este texto es, sin duda, uno de los más atractivos de los publicados en los últimos tiempos. Bien escrito y profusamente documentado, además este libro de historia regional da

nuevos alientos a los estudios monográficos con propuestas que van desde la ortodoxia historiográfica hasta una saludable impertinencia que mueve la imaginación del lector, necesaria en todo libro bien facturado. Nunca se pierde de vista que es un texto de autor —en mi opinión, premisa perdida en gran parte de la historiografía actual: “el historiador es fundamentalmente un hombre de letras”, se decía hace ya un siglo—; o para decirlo de otro modo, por fortuna ésta no es una lectura impersonal que finca su eficacia en la distancia entre autor y lector, separación que mala obra ha hecho a los libros de historia. Por lo contrario, se inscribe con precisión en el ensayo como género literario.

No resulta extraño que las monografías sean textos equívocos, meramente descriptivas, abundan aquellas que fincan su presencia historiográfica más en la unión detallada de los hallazgos documentales que en las aportaciones de un autor que no teme opinar ni ahogarse en el mar de su información. También son frecuentes los estudios de caso que caen en las tentaciones genealógicas y economicistas, esas que sustituyen el análisis fino con cierta perspectiva catastral. Las disciplinas, en aquellos patéticos casos, dejan de ser herramientas de investigación e interpretación histórica para convertirse en sucedáneos de la buena historia escrita.

En muchos sentidos, el trabajo en siete capítulos que presenta Rodolfo Fer-

nández es una sana excepción: no sin asombro, el lector descubrirá que los 17 archivos consultados y más de medio centenar de artículos y libros citados sirven para armar con pulcritud sus ideas acerca de los procesos del pasado y no sólo para llenar páginas de información sin sustancia, con la inutilidad de los ánimos coleccionistas. Al seleccionar hechos que tienen solución de continuidad, el autor logra redondear los relatos de su historia evitando el exceso de descripciones circunstanciales, esas formas de la precisión que en realidad comportan imprecisiones. El acopio de datos, elegidos con intención, que respaldan este trabajo, descubren a un historiador que no da demasiados privilegios a la información sobre la interpretación: Fernández no es un positivista. El intento es claro desde el principio: explicar el origen de la gran propiedad desde la perspectiva de los principales usuarios cotidianos de la documentación jurídica y notarial (los terratenientes, grandes y pequeños). La fórmula es simple en su enunciado: se trata de la relación entre la hacienda, la familia y la región, verdaderos protagonistas de un acontecer de largo aliento.

Las conceptualizaciones se vuelven pertinentes a la luz de un desarrollo histórico regional que disfraza una transformación drástica: los cambios en las relaciones sociales de la provincia de Ávalos con Nueva Galicia entre los siglos XVI y XVIII ocasionaron la desaparición

ción del universo avaleño, de su reconocimiento como singularidad, de su identidad un tanto aislada, al momento de la sujeción de la comarca a la región de Guadalajara. La semilla de los perfiles geográficos actuales se dieron en aquel entonces, tanto en términos del mercado al que las fincas aprovisionaban como en el control administrativo e influencia cultural de la sociedad urbana sobre la agroganadera de los avaleños.

Fernández desarrolla con el necesario énfasis el problema demográfico —pues “en historia el número es importante”, como escribió Carr—. En este contexto aborda temas como los asentamientos poblacionales, los medios de vida (producción y distribución, en especial la agricultura en las tierras bajas, explotación de salinas en las orillas lacustres y ganadería en las tierras altas) y la influencia de la organización de la sociedad regional. De sus fuentes desprende la explicación de las vías legales de colonización y poblamiento: mercedes reales, mercedados y rejuego en la propiedad de la tierra (herencias, compra-venta, etcétera). El caso de Huejotitlán en el siglo XVIII resulta ilustrativo, como también el de Amatitlán y Chichiquila.

La profusión documental se corresponde, en esta investigación, a la maraña de las tensiones por la propiedad, renta, legado y usufructo de la tierra en un núcleo social que vivió cotidianamente en medio del conflicto jurídico. Con frecuencia que podemos comparar sincrónicamente a la de otras zonas de la Nueva España, las confrontaciones legales del mundo avaleño marcaron el paso de los años y de su peculiar identidad. También marcaron los ritmos de su reconstrucción histórica. Sistemas pretéritos hoy apenas comprendidos por su complejidad protocolaria, ahora se nos manifiestan bizarramente respetuosos de la letra escrita, tanto, que la obediencia a la literalidad notarial debió hacer len-

tos los procesos judiciales que sancionaron la defensa o los cambios de manos de las propiedades agroganaderas y los contornos físicos de ranchos, haciendas y estancias. Los mismos avaleños llegaron a buscar, no pocas veces, caminos más cortos para terminar con los problemas alargados, es por eso que podría llamarse “terrorismo de la escritura”, que empobreció a muchos pero que son felicidad para el historiador. Pues en los pequeños poblados y rancherías provincianos no todo movimiento era un asunto de costumbre, de aceptaciones tácitas. En la letra se cifraba el prestigio personal y dinástico, pero sobre todo la seguridad de los herederos, o su infortunio.

En el debate de los conceptos y las definiciones, Fernández habla de propietarios endógamos y de región históricamente delimitada en su entorno original —o, mejor, elemental— durante los siglos XVI y XVII, frente a la posterior exogamia que dio rostro al siglo XVIII. Propone que este cambio en las conductas familiares conllevó a una distinta regionalización, “abierta” hacia los centros de distribución y hacia una concepción ampliada de la sociedad. Así explica, por ejemplo, la relación entre los matrimonios y las transformaciones del paisaje productivo, en una transición que entonces iba de la agricultura a la ganadería. La migración hacia Estados Unidos, podría agregarse, y los vaivenes de la fortuna productiva y comercial de las cuencas lecheras de Jalisco-Michoacán, prueban que esta historia continúa.

Endogamia y exogamia, genealogías matrilineales que pesan en las formas de propiedad terrateniente, mecanismos de herencia, mayorazgo, etcétera, son conceptos que desfilan a lo largo del libro. El ejemplo objetivo es el análisis del latifundio de Toluquilla, propiedad troncal de la casa de Ávalos, y los calculados caminos que las distintas generaciones procuraron para evitar su desintegración.

El cuerpo del escrito comienza con un recorrido definatorio: las historias de un vocabulario que de tan común olvidamos su genealogía. Se trata del uso de las palabras hacienda, rancho, estancia y latifundio. La raíz de este lenguaje propio de las ciencias sociales se busca entre los historiadores más influyentes en el estudio del pasado económico, desde los clásicos Wistano Luis Orozco, François Chevalier y Charles Gibson al despuntar la curiosidad desde las invisibles estructuras de nuestras sociedades, hasta las reflexiones más recientes de David Brading, Gisela Von Wobeser, Herbert Nickel y Eric Van Young, pasando por Eric Wolf, Magnus Mörner, Herman Konrad, Juan Felipe Leal y Mario Huacuja. No olvida revisar los trabajos de los historiadores regionales José de Arteaga (colonial), Ramón María Serrera y Heriberto Moreno. Este abanico de autores centra el concepto “de lo institucional a lo relacional”, más flexible y, en el contexto de la historia de la gran propiedad en hispanoamérica, tal vez más cercano a la compleja realidad continental que las suposiciones de estudiosos casados con la descripción formal. No le falta audacia a Fernández, afronta los riesgos de la interpretación de esta particular historia detrás de un concepto difícil desde un punto de vista “experiencial”, en primera persona, “como una *gestalt*” que amuebla el mundo pasado como acopio de experiencias propias, de historiador que se dirige a sus lectores contemporáneos. Aunque pueda ser asombrosa —por desacostumbrada—, esta visión permea la perspectiva de su propio trabajo: es un recurso heurístico, propio del género ensayístico, que explica las relaciones que estructuran este libro sobre la cuenca de Sayula y, de manera singular, Ávalos. Se trata de la liga de solución que hace comprensible la tenacidad de ciertas familias por mantener las formas del linaje, de su atadura

a sus espacios vitales (casa, hacienda, región) a lo largo de los tres siglos novohispanos, y de los jirones de costumbres locales que se han incluido en lo que hoy se llama cultura popular mexicana.

No menos sugerente es la ubicación conceptual de la familia y su función dinámica, castificadora. Cabe destacar, que es la posición de la mujer una de sus propuestas más interesantes —más allá del ámbito meramente doméstico que se le suele dar tanto en los estudios de las haciendas y los variados análisis colonialistas, como en las llamadas “historias de género”—. Aquí la mujer es un actor social que hace sentir vivamente su presencia, creadora de representaciones de la realidad tan determinantes que inciden de manera directa en la articulación entre apellido, núcleo familiar, hacienda y región.

Al ser la casa y sus habitantes uno de los ejes argumentales de la explicación de Fernández, los mecanismos de la herencia y la crítica a los juicios derivados de la literatura y la historiografía tradicional (por ejemplo, el papel activo de viudas y solteras frente al pasivo de las casadas) redondean y ajustan el dibujo de una historia de Ávalos que tiene cabezas femeninas. Así encontramos ejemplos de María Delgadillo, su hija María Verdugo y su sobrina María de Carvajal Delgadillo durante el siglo barroco, nada “prototípicas” según los modelos corrientes, y quienes eran activas capitanas de empresa, dominantes, respetadas y tal vez aún obedecidas por los demás terratenientes de la cuenca de Sayula. Pero también están, utilizando el poder de la escritura en periodos más tempranos, las indias “María, Señora del pueblo de Sayula”, doña María Coxax y doña Catarina, señoras principales de Amatitlán. Por supuesto, la evolución de la sociedad colonial desplazó a los indígenas en favor de los criollos y españoles propietarios, pero la participación de estas mujeres, las posibilidades de la herencia

y las formas de defensa del patrimonio unificado se entrelazan en un universo siempre competitivo, discriminatorio en general y muy agresivo.

No sin firmeza, Fernández ensaya una ruta que nuestra historiografía mira de reojo, con la injusticia que se tiene hacia lo pasado de moda. Pocos estiman, hoy, que el concepto de espacialidad, en historia, es inútil sin su correlato temporal. O como diría Le Roy Ladurie: “Nada equivale, en historia, a una buena periodización.” Así, de entrada, el autor afirma que es esencial construir el concepto de región en contextos diacrónicos que permitan interpretar la producción simbólica compartida entre los sujetos que viven y valoran su territorio, su hacienda, su pertenencia regional, sus identidades, entre otras cosas, y que se relacionan íntimamente de condicionantes históricas bien delimitadas. Ello le permite, al final de uno de los capítulos, llamar la atención del lector hacia idiosincrasias presentes a pesar de su formal arcaísmo, como el muy regional amor al caballo y a sus significaciones aleñañas.

Con un aparato crítico exhaustivo, el autor hace la descripción física del sur de Jalisco y parte de la ciénaga de Chapala del actual Michoacán. Sus coordenadas temporales van de los años inmediatamente posteriores a la Conquista (ca. 1525) a 1786, desde la llegada de los primeros europeos a la tierra hasta la creación de la intendencia de Guadalajara. Territorio siempre cambiante, la relación entre la geografía y el hombre da pie a un relato que combina y compara datos demográficos con ocupación de terrenos, con informes de censos y padrones de índole fiscal y con documentos de deslinde entre las propiedades privadas y las del Estado.

Los censos son una fuente que abre a explicaciones del movimiento histórico. El caso de Ávalos es el de una permanente crisis poblacional; sus efectos en

las formas de producir y defender lo que se posee, en los mecanismos de sobrevivencia y de éxito familiar, y la propuesta de una analogía etnográfica para el mundo indígena, deparan al lector de este libro en una sorpresa. La región que comprende la cuenca de Sayula era de naturaleza prolífica: ganado —que creció a lo largo del periodo, a partir de la caída demográfica india—, cereales, sal y caña eran obtenidos con el esfuerzo de hombres habituados a la dura tarea campirana. Fernández apela a la imaginación del lector para completar el cuadro y propone las formas del paisaje del universo cercano a Chapala: estancias, haciendas, iglesias, casas de los señores, casas de los negros, corrales, molinos de cereales y de caña, hornos de pan, tierras de labranza, caminos de herradura, entre otras. Nada idílico, sin embargo, a fuerza de trabajar, la riqueza se medía en el prestigio de los dueños de tierras y cabezas de ganado o, para la mayoría, en apenas algo más que vivir al día. Ello obligó a la reafirmación de los mecanismos de parentesco que son perseguidos por el autor a lo largo de varias generaciones y sus huellas en decenas de documentos.

Un amplio desfile de personajes ligados a sus pueblos modela a proporción humana el relato de una historia de tres siglos. La narración del pasado regional que ensaya Rodolfo Fernández quebranta la falsa imagen de inmovilidad. El estereotipo de una provincia novohispana siempre igual a sí misma, que se transforma sólo por las influencias desde el exterior y no por su evolución interna, existe únicamente en la fantasía. No en la historia: la media luna de Chapala en el periodo de la Colonia, semilla de la geografía política actual del sur de Jalisco, es ejemplo de la permanencia con éxito pero que cifró su eficacia en el cambio de las circunstancias propias, de la adaptación de una sociedad singular a los movimientos del mundo.